

LA SOLEDAD DEL GENIO¹

Pascual García

Parece inevitable que a un genio se le descubra siempre demasiado tarde y que, aun así, su proyección sea minoritaria, de muy escasa difusión y lectura, casi clandestina, reservada para un pequeño grupo de iniciados que mantienen encendida la llama de su memoria. Es acaso un rasgo consustancial a la profundidad del genio, porque si su excelsitud fuese fácilmente perceptible, habría que poner en duda la categoría y la calidad del propio genio. Por otro lado no es la primera vez que ocurre, y desde luego me temo que no va a ser tampoco la última. Los caracteres de una obra magnífica, en cualquiera de los órdenes artísticos en los que nos encontremos, son marcas ocultas, de difícil comprensión en ocasiones, cuya apariencia puede pasar inadvertida a los doctos en la materia, y por supuesto al público en general. Por otro lado, muy a menudo el genio se adelanta a su tiempo, introduce novedades y acomete rupturas cuyos paradigmas son en esa época todavía desconocidos. Por eso la labor de un genio es concebir prácticamente de la nada, y por eso mismo la crítica de su tiempo encuentra dificultades en esclarecer los puntos de contacto con la tradición, con la norma artística general. El descubrimiento de un genio es por tanto una tarea ardua y requiere de esa misma materia intelectual de la que está hecha su obra. No es sencillo, entonces, ni habitual que esas grandes obras de arte hallen un interlocutor capacitado para tocar la fibra más íntima de la que han sido concebidas. El placer de admirar a un escritor sin fama, a un pintor apartado del circuito del arte o a un músico marginal, en cuyas obras hemos captado la enjundia y el fuego de lo supremo es una rareza de la que siempre extraemos el beneficio del orgullo.

Admirar al escritor murciano Miguel Espinosa, autor de una obra no demasiado extensa, pero exquisita, excluido de las antologías, de las enciclopedias y de los manuales de literatura resulta casi un acto religioso, como, por otro lado, lo es la literatura en general. Un acto en el que el espíritu del autor es compartido con gozo por sus lectores, mediante el cual la palabra sagrada del genio concita el entusiasmo y casi el raptó de sus adeptos. He aquí entonces una parte de la magia del proceso artístico, tal vez inexplicable, pero elemental para cualquiera que haya experimentado ese particular proceso de seducción.

Si el novelista o el poeta pertenecen al acervo clásico esa experiencia puede ser memorable pero carece de la grandeza de lo exclusivo. Nos sentimos partícipes de la gloria de nuestro descubrimiento, somos mejores porque hemos sido capaces de encontrar el oro de la palabra en un terreno inexplorado, o en ese mismo lugar que otros antes han despreciado porque no han sabido intuir su esplendor. Cuando acertamos a señalar la virtud literaria en lo ignoto, en aquello que nadie hasta ahora ha proclamado como tal, asumimos también nosotros esa condición exclusiva de lo apartado y excelente. Somos casi como aquello que exhumamos para el gran público.

Ya no quedan apenas territorios inexplorados, libros por descubrir o espacios del conocimiento que no hayamos abordado en estos últimos dos milenios. Miguel Espinosa, el escritor que nació en Caravaca en 1926, el autor de libros como *La fea burguesía*, *Escuela de mandarines* o *Tribada*, aquél que murió de un infarto en una reunión de negocios en la ciudad de Murcia en el año de gracia de 1982 es quizás el último bastión casi inédito de la cultura literaria occidental. Podrá argüirse contra esta última tesis que buena parte de sus libros está publicada en diversas editoriales de

¹ Del libro *Palabras en el tiempo*. Una colección de artículos editado por Rubén Castillo.

índole privada y pública, que alguna de sus novelas ha merecido premios nacionales y la atención de críticos tan eminentes como Rafael Conte, que toda su obra ha suscitado polémicas, congresos, simposios y cursos de toda especie, que se han escrito tesis, ensayos y ponencias sobre los diversos aspectos de su literatura, que su propio hijo ha publicado una biografía del padre y que editoriales prestigiosas europeas han promovido la traducción de sus novelas y se hallan interesadas en editar alguno de sus títulos. Y, sin embargo, cabría decir que el escritor murciano Miguel Espinosa es un auténtico desconocido no sólo para el hombre de la calle, también para los profesores y los alumnos de literatura, para los libros de texto, para la historia literaria reciente y para los debates académicos de las aulas universitarias. Si partimos de la premisa según la cual la obra de Espinosa no ha de ser nunca asunto de conocimiento general ni objeto de atención del gran público, por su complejidad estilística y filosófica, por su vastedad y profundidad así como por originalidad, no nos queda más remedio que remitirnos al universo cerrado de los especialistas, los profesores de literatura y los lectores avezados, sin los cuales la mejor literatura, aquélla que no conoce precisamente el favor de la masa, ni siquiera existiría. Quiero decir con esto que los lectores de Espinosa nos conformaríamos con dejar claro el sitio preeminente que ha de ocupar el nombre del escritor de Caravaca en la historia de la literatura universal. Y nos bastaría con esto porque somos conscientes de que sería una labor imposible, y tal vez perjudicial, pretender otros horizontes más generales y mundanos.

El libro de Rubén Castillo Gallego (profesor de literatura, conferenciante, novelista y crítico literario) parte de modo irremisible de esta evidencia, aunque su propósito es rastrear las huellas del genio en las páginas de ese tiempo apresado con palabras con el que podría definirse el periodismo. La crónica de los días iguales queda fijada en diarios y revistas para un futuro de curiosos e inquietos investigadores de aquellos temas que alguna vez interesaron a nuestros antecesores y de la opinión que merecieron los nombres que hoy resultan indiscutibles. Entre esos investigadores infatigables se haya el escritor Rubén Castillo, empeñado en iluminar los años de Miguel Espinosa y su reflejo en la prensa de su tierra, concretamente en el diario La Verdad de Murcia. Su labor no sólo merece el calificativo de ímproba y minuciosa, aliñada con el rigor del amante de las bibliotecas y los archivos, del polvo de las hemerotecas y de la consulta de infinidad de manuales y obras de estudio para lograr una verdad que destituya el viejo tópico de la incomprensión y la soledad del genio, pero a la vez la denuncia implícita del silencio y el vacío de aquellos nombres que en aquellos años escribían de forma habitual en las páginas del diario murciano, y que o no se sintieron aludidos por la palabra extraordinaria del novelista o esgrimieron ideas y reflexiones que, pasado el tiempo y aclarados muchos extremos, resultan equivocadas a la luz de este presente en el que la obra de Miguel Espinosa ya no corre peligro alguno de que pueda ser olvidada o denostada.

Pero este libro tiene alguna virtud más evidente. Nos sorprende, sobre todo, la agilidad estilística con la que ha sido escrito, la gracia y el acierto de comentarios y glosas que el autor va haciendo a los textos insertos en el libro, extraídos de entrevistas, como la realizada por el periodista José García Martínez, que no tiene desperdicio alguno y que muy pocos conocíamos, o el comentario de ausencias o de opiniones que no parecen corresponderse con la enjundia de Espinosa. La intención de Rubén Castillo no es la de denunciar determinados errores de bulto y silencios significativos, sino muy al contrario, advertimos el propósito de dejar las cosas en su sitio, de demostrar que la obra de Miguel Espinosa y su persona fue ampliamente glosada en la prensa regional, que periodistas y escritores como el profesor José Belmonte Serrano se refirieron en varias ocasiones a la importancia y a la calidad de la pluma de Espinosa, que el primer

diario de la región de Murcia se hizo eco de algún premio importante, de la edición de alguno de sus títulos y del apoyo de intelectuales tan destacados en aquel tiempo como Enrique Tierno Galván, Manuel Fraga Iribarne o Rafael Sánchez Ferlosio. En fin un libro de esta ambición tiene la virtud de situar a cada uno en su sitio, por excesos o por omisiones, de enfrentarnos a la imagen de un escritor de altura perdido en la medianía de una pequeña ciudad provinciana, en la que, sin embargo, y acaso gracias a ella escribirá una de sus grandes obras, *Escuela de mandarines*, una suerte de cosmovisión hipercrítica de la corrupción intelectual en un estado totalitario. Posteriormente podríamos aducir que se trata de una parodia de la Universidad de Murcia, de una metáfora del fascismo franquista, pero para quienes la hemos leído de manera detenida, hemos reflexionado y hemos escrito acerca de ella, su valor primigenio no reside en sus múltiples referencias a la realidad objetiva e histórica que vivió Espinosa, sino en la creación de un universo mítico que permitió a su autor exponer sus propias ideas acerca del hombre, de la cultura y del mundo. El resto es chismorreo.

Rubén Castillo Gallego ha sorteado el peligro de una curiosidad excesiva acerca de los temas personales y de la relación entre la obra y la vida del escritor de Caravaca. Las intenciones del libro quedan claras desde las primeras páginas: *“He procedido aquí como ese filatélico que durante años construye con amorosa avaricia su colección”*. A esto habría que añadir que esa inmensa colección de datos, citas y detalles que quedaron atrapados en las páginas polvorientas y descoloridas de las hemerotecas vienen arrojadas en esta obra por las explicaciones, argumentos y oportunas glosas de un escritor que posee la gracia de la palabra, que maneja con soltura el ritmo narrativo, la fluidez de ideas y que es capaz de relacionar datos y opiniones que al lector tal vez se le habrían escapado. Por eso deberíamos decir que un libro como éste es más una interpretación de la imagen que quedó grabada en la memoria periodística de nuestro novelista, y no sólo, desde luego, una colección o un rastreo de documentos.

El acierto de Rubén Castillo estriba en el sabio manejo de toda una amplia documentación, para la que en primer lugar tuvo que sacrificar años de lectura, selección y análisis de lo que iba apareciendo en los ejemplares de La Verdad, contrastando a la vez este caudal de noticias con la vida y la bibliografía de Miguel Espinosa, imaginando el trasfondo de ciertas opiniones, de silencios significativos o críticas adversas. En cierta manera Rubén Castillo ha atentado contra la propia ideología del escritor murciano, rescatando del olvido lo que él calificaba de actualidad, reintegrando en su tiempo a un escritor que no deseaba pertenecer al siglo ni a la cultura en la que había nacido: *“Puede haber un tipo de hombre que, ya en su tiempo, vea ridículo lo que es actual, y ese hombre queda fuera de su tiempo”*. El escritor Rubén Castillo se encarga de devolver a la pequeña historia literaria de la provincia un nombre extraordinario, a ubicarlo de nuevo y abrir el debate de sus merecimientos y de sus virtudes. En realidad este libro constituye un renacimiento, una nueva oportunidad de encarar el milagro de Espinosa con humildad y conocimiento de causa, una invitación a la lectura de toda su obra, breve pero enjundiosa, clarividente pero profusa, barroca y densa. Unos libros que afrontan el problema del hombre en su historia y en su costumbre, ese hombre que somos todos nosotros, porque Miguel Espinosa ha sido contemporáneo nuestro, y por lo tanto sus personajes nos aluden irremediablemente y en las páginas de sus libros quedan fragmentos de nosotros mismos, de manera que resulta incómodo en ocasiones leer *La fea burguesía* o *Tribada* porque no es raro que nos veamos reflejados en alguna de esas feas actitudes burguesas que Espinosa mostró con la mirada distorsionada de un genio que, como Valle-Inclán, contó el mundo tal y como lo había visto, con el patetismo, la parodia y la voluntad crítica de quien alienta un espíritu heterodoxo, a contracorriente, enraizado en la tradición literaria castellana.

El libro de Rubén Castillo cumple con el cometido de rastrear las huellas del genio en el papel atrasado de los viejos diarios donde quedan las palabras que el tiempo ha permitido conservar, y que son palabras escritas en una época, mientras Miguel Espinosa acababa sus obras, vivía en la pequeña ciudad de provincias e iba empapándose del mundo que le circundaba. Lo que demuestra el trabajo de Rubén Castillo es que determinados profesores, críticos y periodistas murcianos prestaron atención al devenir literario de Espinosa, haciéndole entrevistas tan acertadas como las que va glosando el autor a lo largo de estas páginas, entre ellas la de José García Martínez, o reseñas como las del profesor José Belmonte, o artículos como los del escritor Santiago Delgado.

Las páginas de prensa constituyen el juicio del pasado y quedan como testigos inamovibles de lo que en una época fue verdad o constituyó dogma de fe. Alguno de estos juicios no soportarán el paso de las estaciones y serán testimonio del error que un día alguien creyó posible. Rubén Castillo hurga en los fondos de las hemerotecas con la pasión de un investigador tenaz, y elabora con todo ello una obra amena, inteligente y bien documentada, un libro al alcance de cualquiera, porque su autor ha puesto especial cuidado en que cualquiera pueda leer estas páginas, compartir con él la pasión por la obra del escritor de Caravaca, la honradez en la argumentación y en la búsqueda de las fuentes, la inteligencia en la elaboración de un discurso que defiende por encima de todo la memoria del escritor murciano más importante de los tiempos modernos, tal vez también de los antiguos.

Por lo tanto no nos queda más remedio, a todos los que nos sentimos unidos a la pasión por la escritura espinosiana que dar las gracias por esta obra clarividente en sus propuestas, infatigable en su trabajo de búsqueda, tenaz en su defensa de la obra de Espinosa, cercana y ágil en su voluntad de apartarse del falso rigor cientificista y universitario para dar cuenta cabal de la huella que dejó el escritor Miguel Espinosa en las páginas de *La Verdad* en los años en los que estuvo con nosotros, mientras acababa *Escuela de mandarines* y concebía el resto de sus obras maestras, atento al discurrir cotidiano de la vida, y muy probablemente ajeno a la pequeña resonancia que su quehacer literario iba teniendo en las frágiles páginas de los periódicos de cada día.

Lo que sorprende de un libro como éste es que tenga el poder de trasladar a la escritura el palpito mismo de la vida consuetudinaria de esta pequeña capital de provincia, los menudos acontecimientos culturales y literarios, como si nosotros, más de veinte años más tarde, fuésemos capaces de asomarnos al insólito espectáculo del pasado reciente en los comentarios de Rubén Castillo, en el calor de su prosa que, no en balde, es la prosa no sólo de un narrador de primer orden, de un estilista destacado, sino también la prosa de un articulista habitual en las páginas del diario *La Verdad*, desde las que va anotando con la gracia, el desparpajo y la solvencia literaria que le son propias aquellos aspectos más curiosos e inhabituales del mundo que le rodea, de la misma vida que comparte con nosotros y que nos hace más agradable en sus columnas repletas de sensatez, de buen humor y valentía.

Nadie mejor entonces que él para devolvernos las palabras detenidas en otro tiempo, ponernos al día y conducirnos con maestría por el dédalo de fechas, sucesos, opiniones y noticias que este libro contiene y que son la materia misma de la que estuvo hecha la soledad del genio, enclaustrado en su propia convicción, ensimismado en la ejecución de una obra que no hemos acabado aún de colocar en su sitio, perplejos por el resplandor excesivo, por el excesivo caudal de ese volcán interior que anda encerrado en títulos como *Escuela de mandarines*, *Tribada* o *La fea burguesía*, y al que los lectores nos acercamos todavía con temor.

Por eso, una obra como ésta constituye, entre otras muchas cosas, una puerta de entrada y una invitación, el camino seguro para aproximarse a los aledaños de la literatura del escritor de Caravaca, para empaparse, en las jugosas entrevistas que Rubén Castillo extrae de las hemerotecas, de la compleja ideología del genio, de su particular cosmovisión, de su concepto del hombre y de la literatura. Un libro, claro está, escrito con inteligencia, con rigor y con la pluma experta de un autor excepcional que rinde su particular homenaje al escritor murciano más importante del último siglo.